Mauricio A. Montoya Vásquez

Oriente *vs.* Occidente. Un acercamiento al pensamiento filosófico oriental.

Nada sienta mejor al cuerpo
que el crecimiento del espíritu
(proverbio chino).

Resumen: *El acercamiento a las ideas de un pensamiento como el oriental constituye un esfuerzo analítico, dialéctico y comparativo que además de poner un reto a nuestra estructura mental, se convierte en un campo abierto de infinitas posibilidades donde los diferentes interrogantes y métodos para la búsqueda de la verdad, se hacen tan válidos como los planteados por otras culturas como la griega.*

Palabras claves: *Filosofía. Oriente. Occidente. China. Cuidado de sí.*

Abstract: *The approach to the ideas of Eastern Thought constitutes an analytical, dialectical and comparative effort which not only defies our mental structure but transforms itself into an open field of infinite possibilities, in which the multifarious questions and methods for the search of truth become as valid as the questions and methods posed by greek culture.*

Keywords: *Philosophy. Eastern World. Western World. China. Self-Care.*

1. Introducción

Realizar un trabajo sobre un tema poco tradicional en la historia de la filosofía, como lo es el denominado pensamiento oriental clásico (específicamente el pensamiento chino), puede suscitar en el campo académico diferentes problemáticas. Entre las más relevantes pueden citarse:

La aversión de algunos estudiosos, quienes, a pesar de conocer desde una historia pasada y presente el legado y la evolución de estas culturas, siguen observándolas con recelo y en ocasiones calificándolas con apelativos como los de atraso y superstición.

La dificultad que genera el acercamiento a un mundo totalmente opuesto al nuestro y cuyos modelos de interpretación y comprensión no pueden estar regidos, en ningún momento, por los propuestos bajo el paradigma occidental.

Sin embargo, la inquietud o admiración por un campo cultural ajeno a nuestro mundo occidental es una oportunidad que nos permite reconocer la importancia de un pensamiento milenario, que solo en nuestros días hemos empezado a valorar. Este pensamiento, al igual que el constituido por el mundo griego y por otras culturas de la Antigüedad, buscaría dar respuestas a los diversos planteamientos existenciales e intelectuales generados por una sociedad, en pro de su desarrollo y bajo el deseo de constituirse en paradigma de conocimiento para las demás.

Un claro ejemplo de lo anterior podemos situarlo en el pensamiento literario de Jorge Luis Borges, quien, en la construcción de una aparente clasificación taxonómica china, además de mostrar la vinculación de dos lógicas disímiles, permite vislumbrar una relación dialéctica, no excluyente, de dos paradigmas de pensamiento

(Oriente–Occidente), relación que no busca una contienda por la superioridad, sino un modelo de armonización que reconozca y acepte las diferencias:

> …Los animales se dividen en: a) Pertenecientes al emperador, b) Embalsamados, c) Amaestrados, d) Lechones, e) Sirenas, f) Fabulosos, g) Perros sueltos, h) incluidos en esta clasificación, i) Que se agitan como locos, j) innumerables, k) Dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, l) Etcétera, m) Que acaban de romper el jarrón, n) Que de lejos parecen moscas… (Borges, 1960, p. 142).

2. La pregunta por la filosofía

La pregunta por el origen ideológico y geográfico de la filosofía, además de la cuestión referente a su constitución, desarrollo y posterior definición, ha permitido reconocer a través de la historia la evolución de un pensamiento que, fundamentado en elementos discursivos y analíticos, ha terminado por consolidarse como un saber que, al igual que las demás ramas del conocimiento, tiene como objeto primordial un acercamiento de la manera más fidedigna a lo que nuestra cultura ha denominado como la verdad.

Frente a la cuestión sobre el origen de la filosofía, vale hacer referencia a un par de teorías (Occidental y Oriental) que, a lo largo de la historia, han mantenido la polémica y que, a su vez, han terminado por convertirse en modelos ideológicos cuyo mayor argumento de validez se ha sustentado en las tradiciones culturales, conservadas hasta la actualidad, y en los continuos hallazgos de múltiples investigaciones que han permitido nuevas interpretaciones de un pasado cuya influencia cada vez es mayor en nuestro presente.

Por lo general, la tradición occidental ha considerado al mundo griego como la cuna del pensamiento filosófico; pero, a raíz del análisis doctrinal de algunos pensadores alejandrinos y la lectura de los textos de algunos apologistas griegos, surgen en la actualidad múltiples interrogantes que, a su vez, promueven una revisión en torno a las respuestas originarias y tradicionales sobre el nacimiento de la filosofía.

Los defensores de una hipótesis como la del origen oriental de la filosofía pueden reconocerse en la Antigüedad en movimientos como el de los filósofos alejandrinos, quienes, en continua polémica con las escuelas filosóficas griegas y apoyados especialmente por doctrinas como las de Filón de Alejandría (adepto del judaísmo) terminarían por acusar a los griegos de simples transmisores de una sabiduría milenaria:

> ¿No afirmaron algunos judíos que Platón debía su doctrina a los profetas? Se trataba de una especie de robo, cometido por los filósofos. Estos habían seguido las lecciones de Pitágoras y Orfeo; y éste último, según la leyenda, era el discípulo (más que el maestro) de Museo. Los exegetas pretendían que el nombre de este personaje era una transformación del de Moisés, de quien procedería, pues, toda la sabiduría profana (Parain, 1972, p. 47).

Pero fueron también los padres apologistas del cristianismo, entre ellos el famoso Taciano, fiel discípulo de San Justino y quien fuera considerado por muchos como el tertuliano de Oriente, el que daría la mayor muestra de apoyo a la famosa teoría del origen oriental de la filosofía, cuando en su insigne discurso contra los griegos, argumentase la idea de una imitación de los filósofos griegos de las doctrinas milenarias de otros pueblos:

> No os mostréis tan del todo en todo enemigos de los bárbaros, oh griegos, ni juzguéis desfavorablemente sus doctrinas. Porque, ¿qué institución entre vosotros no tuvo su origen en los bárbaros? Los más famosos entre los telmisios inventaron la adivinación por los sueños; los carios, la previsión por los astros; los vuelos de los pájaros los observaron primero los frigios y los más antiguos de entre los isaurios; los ciprios hallaron el arte de sacrificar; los babilonios, la astronomía; los persas, la magia; la geometría, los egipcios; el conocimiento de las letras, los fenicios. Cesad, pues, de llamar invenciones lo que son puras imitaciones. Porque la

> poesía y el canto os lo enseñó Orfeo, y éste mismo, la iniciación en los misterios; los etruscos, la plástica; los egipcios, con sus tablas de los tiempos, a componer historias. De Marsias y Olimpo tomasteis el arte de la flauta, y, no obstante ser ambos frigios, con toda su rusticidad, lograron sacar armonía de la siringe. Los tirrenos os enseñaron la trompeta; los cíclopes, a labrar metales, y a componer cartas, una mujer que, como dice Helénico, imperó en otro tiempo sobre los persas. Su nombre era Atosa. Deponed, por lo tanto, ese vuestro orgullo y no echéis por delante la elegancia de vuestras palabras, vosotros, que al alabaros a vosotros mismos, tenéis para aplaudiros a los de vuestra propia casa. El hombre que posee inteligencia debe esperar el testimonio de los demás y concordar con ellos en la emisión de su discurso. Pero es el caso que sólo a vosotros ha acontecido que no coincidís ni en vuestra manera de hablar (Taciano, 1954, pp. 572-573).

Por otra parte, no podemos ignorar nuestra visión hacia el lejano Oriente, específicamente hacia el mundo chino, la cual nos ha permitido comprender la existencia de un abismo entre sus planteamientos filosóficos y los nuestros, denominados comúnmente como occidentales. Por tal motivo, la mayoría de sus modelos de pensamiento son reconocidos y estudiados en la actualidad por hombres que, al igual que los primeros misioneros, como Carpini o Mateo Ricci, y los primeros aventureros, como Marco Polo y los filósofos posteriores al siglo XVI, quisieron resolver la enigmática inquietud frente a un mundo en el que encontraban múltiples misterios, pero a la vez y, paradójicamente, diversas similitudes con los conocimientos heredados por la tradición occidental. Por tanto, retomando las palabras del investigador Orlando Mejía, podemos afirmar:

> En la dimensión de la cultura en general, la mirada actual a China oscila entre el misticismo neorromántico de la llamada Nueva Era y el estudio académico y erudito de miles de investigadores europeos, norteamericanos y asiáticos. El llamado milagro asiático económico de Japón, la China, Tailandia, Corea del Norte y del Sur, etc., ha llevado al interés por el pensamiento y la filosofía china, la cual pareciera brindar mayor éxito y equilibrio individual y social en este tiempo, que cualquier otro sistema de pensamiento conocido (1997, p. 41).

No obstante, estas proposiciones no quieren, de ningún modo, desconocer la importancia del mundo griego en los albores de la filosofía, sino que, por el contrario, desean sustentar una nueva visión que permita reconocer las diversas discusiones suscitadas en la historia frente a estos temas, además de comprender el papel que culturas milenarias como la india, la china, la japonesa, la persa, etc., pudieron tener en el desarrollo del pensamiento filosófico, ya que al igual que en el mundo griego, sus inquietudes y avances en distintas ramas del conocimiento y su vida práctica debieron permitirles también un acercamiento a ese enigmático mundo de la verdad. Así, para satisfacción de los más escépticos en este tema, vale la pena rastrear, analizar y comparar el sentido estricto de un concepto como el de filosofía, ya que parcializarlo sólo bajo la denominación helénica sería no comprender la infinita riqueza significativa que este mismo término pudo desarrollar en el imaginario de otras culturas.

Frente a esta disyuntiva, es oportuno referir aquellas palabras con las que el pensador griego Aristóteles abre su estudio sobre aquello que él mismo denominó la ciencia primera (Filosofía – Metafísica): “todos los hombres tienen naturalmente el deseo de saber” (Aristóteles, trad. 1999, p. 5). Vale aclarar que un análisis a conciencia de esta afirmación podría llevarnos a comprender la parcialización de las ideas aristotélicas frente al concepto de hombre y, además, su posición frente a la relación de éste con el saber. De ahí que una reinterpretación no parcializada de dicha proposición podría permitirnos afirmar que esta inquietud intelectual, no sólo reconocida por Aristóteles en el mundo antiguo, fue también punto de partida para las demás culturas, entre ellas la oriental, la cual, gracias a una actitud reflexiva y a la generación de múltiples interrogantes planteados desde milenios atrás y problematizados por diferentes pensadores, lograría desarrollar un pensamiento claro y acorde a su realidad. Pero la tradición occidental se ha negado durante años

a reconocer la validez de un pensamiento como el oriental, el cual, desde una visión no peyorativa, pudo alcanzar en la Antigüedad un nivel igual o tal vez superior al occidental y que, en la actualidad, a partir de su marcada diferencia, puede aportar una buena síntesis a los problemas sociales, culturales y epistemológicos que afronta nuestra realidad.

Así, entonces, la anterior perspectiva nos permite apoyar la tesis sustentada por el profesor Miguel Cruz Hernández, en su texto sobre el estudio del saber: "la idea de una filosofía estricta y final es sólo eso: una idea. Nacida de un pensar que mira a la seguridad; la sabiduría en sentido lato tuvo historia antes de la historia escrita. La propia filosofía tiene un sentido sapiencial independiente del contenido concreto de formas y método; y es historia por su origen (resultado de la condición humana), por su contenido (temas, problemas y método) y *a nativitate* por su fin (búsqueda de la seguridad definitiva)" (1999, p. 6). Por tanto, el desarrollo de este argumento, en especial la idea de una sabiduría única, sinónimo de seguridad definitiva, el cual se ha mantenido a lo largo de procesos históricos tanto en la cultura oriental como en la occidental, ha tenido como único fin cimentar las bases de un pensamiento autóctono que, fuera de presentar una cultura bajo sus distintas etapas evolutivas, busca reafirmar que ninguno de los modos de sabiduría debe darse por muerto o excluirse en el desarrollo histórico del conocimiento. El mismo Cruz Hernández sustenta la ansiedad sapiencial del hombre, además de la necesidad de buscar darle a este saber unas características de seguridad que puedan identificarlo con la plena verdad. Frente a esto, hace referencia a un proceso cuádruple que nos permite vislumbrar en cada paradigma cultural (oriental – occidental) un encuentro entre historia y conocimiento: un saber religioso, asociado esencialmente a la adivinación en las culturas nómadas; un saber relacionado con las fuerzas naturales, cuya seguridad puede verse formalizado en las divinidades mitológicas que dan confianza al hombre; un saber acorde con el desarrollo de los asentamientos urbanos, cuya garantía se halla sustentada en la presencia de un Dios defensor de la ciudad; finalmente un saber denominado sapiencial, reconocido por muchos bajo la categoría de filosofía, cuyo fundamento es la eterna indagación (Hernández, 1999, pp. 19-20).

A partir de esto y con el fin de examinar por la pregunta que circunda nuestra reflexión sobre la filosofía, es conveniente hacer un análisis profundo de lo que anteriormente, apoyados en la tesis de Cruz Hernández, hemos denominado saber sapiencial y que, para efectos de este trabajo, identificaremos en una estrecha relación con conceptos tales como filosofía–sabiduría–verdad.

Desde la perspectiva etimológica clásica, el concepto de filosofía ha abarcado en sí mismo desde elementos metafísicos hasta categorías epistemológicas, políticas y existenciales; no obstante, a pesar de la diversidad, parece mantener el ideal que en el principio quisieron plantear los primeros sabios: la filosofía como verdadero amor a la sabiduría. Por filosofía se han entendido fundamentalmente dos cosas: la primera enmarcada bajo los parámetros de una ciencia, y la segunda, bajo la característica de un modo de vida. Cada una de estas visiones se ha convertido a lo largo de la historia en una manera de comprender y desarrollar el saber filosófico; además, dichos paradigmas comúnmente se han alternado en los procesos históricos y en varias ocasiones han convivido.

La tradición sostiene que fue Pitágoras el primero en valerse de los términos filosofía / filósofo, con el fin de dar a conocer la forma de vida que lo caracterizaba: "Pitágoras, habiendo sido interrogado acerca de su oficio, respondió que no sabía ningún arte, sino que era, simplemente, filósofo; y comparando la vida humana a las fiestas olímpicas, a las que unos concurrían por el negocio, otros para participar en los juegos, y los menos, en fin, por el puro placer de ver el espectáculo, venía a concluir que solo estos eran los filósofos" (Millán, 1962, p. 15). Pero la disyuntiva planteada anteriormente entre la clasificación científica y la definición existencial, vislumbrada de alguna forma en Pitágoras, tiene raíces mucho más antiguas y muchas otras que la sobrepasan cronológicamente. Entre las concepciones anteriores a Pitágoras, encontramos gran diversidad: "en el plano homérico, se empleaba para designar, en general, toda habilidad, destreza o técnica, tales como las que poseen los artesanos, músicos y los poetas" (Millán, 1962, p. 15); en el campo

histórico, se puede mencionar la bella referencia que Herodoto pone en boca de Creso para dirigirse a Solón: “han llegado hasta nosotros muchas noticias tuyas, tanto por tu sabiduría como por tus viajes, y de que movido por el gusto de saber has recorrido muchos países por examinarlos” (Millán, 1962, p. 16); además de la concepción de algunos de los contemporáneos de Pitágoras, como Heráclito, que trataron de ir más allá de la definición, y envolvieron en un sujeto (el filósofo) características teóricas y prácticas: “es necesario que los hombres filósofos sean buenos investigadores de muchas cosas” (Farré, Fragmento 35).

Conviene también referir el modelo aristotélico, posterior al pensamiento pitagórico, en el que la filosofía es considerada una ciencia rigurosa (el saber primero por excelencia): “hay una ciencia que estudia el ser en tanto que ser y los accidentes propios del ser. Esta ciencia es diferente de todas las ciencias particulares, porque ninguna de ellas estudia en general el ser en tanto que ser” (Aristóteles, trad. 1999, p. 55). Pero, a su vez, es vislumbrada también como una forma de vida ejemplar, una vida teorética, que es justamente la vida del filósofo. Filósofo que según Aristóteles tiene como cualidad principal el asombro frente a la realidad que lo rodea: “la admiración es lo que impulsa a los hombres a filosofar” (Aristóteles, trad. 1999, p. 8).

Así, entonces, frente a esta concepción tradicional, es posible concluir que las múltiples inquietudes humanas tienen su desarrollo ya no sólo de acuerdo con modelos poéticos e históricos, sino fundamentalmente con base en los elementos filosóficos, que, según la afirmación aristotélica, tienen como fin la consecución de la verdad en su mayor expresión.

Sin embargo, estas mismas conclusiones pueden aplicarse a los paradigmas del pensamiento oriental (pensamiento Chino), ya que aunque la idea de la filosofía y la concepción del filósofo son en esencia un poco diferentes, también el filósofo oriental es distinguido por su poder de admiración, por la capacidad de preguntarse por lo que le circunda y por tratar de dar respuestas acordes a sus realidades existenciales.

Para el pensamiento chino es clara la relación existente entre lo teórico y lo práctico a la hora de definir un concepto como el filosófico. Desde el punto de vista lingüístico, los caracteres que conforman el término filosofía hacen referencia a tres elementos: persona, palabra y convencimiento (la persona que convence gracias al poder de la palabra). Además, su importancia también suele encontrarse en paradigmas de pensamiento como lo fueron el confucionismo y el taoísmo. El primero, basado en los cuatro libros clásicos atribuidos a su fundador Confucio y a varios de sus discípulos, resalta en su doctrina la importancia de un concepto como el de filosofía, al que se le atribuye el apelativo de gran ciencia: “los objetivos básicos de la Gran ciencia o filosofía práctica consisten en el cultivo de la naturaleza racional que todo hombre recibe del cielo, en la educación y renovación de los pueblos y en la búsqueda del bien supremo o fin último al que debemos dirigir nuestras acciones para alcanzar la perfección” (Confucio, 1974, p. 45). Además, el mismo Confucio, en sus disertaciones, profundiza dicho concepto, y lo pone en una íntima relación con elementos como el saber y la verdad: “es mejor **amar la verdad** que el frío conocimiento de la misma; es mejor complacerse en la práctica de la verdad, que el simple amor hacia ella” (1974, p. 138). Así, el filósofo, en palabras de Confucio puede definirse como el hombre superior: “Kung-Tsé ha dicho: “el hombre superior, cuando se sienta a la mesa no come con exceso y por placer; en su casa, no busca el ocio y la comodidad; cumple con sus deberes y controla sus palabras; frecuenta a quienes conocen los rectos principios, para ajustar a ellos su conducta”. Este hombre puede ser llamado filósofo, esto es, amante o estudioso de la sabiduría” (1974, p. 116); y, en palabras de su discípulo Mencio, como el sabio verdadero que se aferra a la virtud y la busca sin descanso: “el hombre sabio, en cuanto ha alcanzado una **virtud**, se aferra fuertemente a ella y ya no la pierde jamás; en cuanto ha perfeccionado al máximo la virtud adquirida, la guarda cuidadosamente en su interior como fuente inagotable de energía”…. “Si buscáis, encontraréis; si sois negligentes, lo perderéis todo. El que **busca lo que está en su interior** lo descubrirá y lo alcanzará; el éxito de esta búsqueda es seguro, una ley invariable garantiza la adquisición de lo que se busca. Si, por el contrario, buscamos lo que está fuera de

nosotros, todos los esfuerzos resultarán infructuosos" (Confucio, www.weblioteca.com).

Por otra parte, el caso del taoísmo se hace particular, ya que a pesar de algunas diferencias doctrinales con el confucionismo, podemos afirmar que ambos modelos de pensamiento coinciden en la necesidad de alcanzar y practicar la virtud, solo que la concepción de ésta y el método para alcanzarla son diferentes. Para el taoísmo, el verdadero amor a la sabiduría se halla en el encuentro definitivo con el Tao, concepto un tanto confuso y mal interpretado por los occidentales, pero definido claramente por Lao Tse, en su Tao Te King:

> La gran virtud no es otra cosa que seguir el Tao. El tao es elusivo intangible. Intangible y elusivo, y sin embargo contiene todas las imágenes. Elusivo e intangible, y sin embargo contiene todas las formas. Profundo y oscuro, encierra la esencia. Esa esencia es lo más verdadero, la fuente de la confianza. Desde los tiempos más remotos hasta hoy, su nombre se ha conservado y ha dado origen a todas las cosas. ¿Cómo podemos saber que es la fuente de todas las cosas? Porque es el Tao (2000, p. 79).

Además, este mismo conocimiento del Tao nos permite resolver la inquietud filosófica sobre el verdadero sabio: "por eso, el sabio abraza la unidad y se convierte en modelo para el mundo. No se exhibe, y por eso destaca. No se afirma a sí mismo y por eso brilla. No se vanagloria, y por eso obtiene reconocimiento. No da importancia a su persona, y por eso otros lo realzan. Y porque no compite, nadie en el mundo puede competir con él" (Lao Tse, 2000, p. 81).

En suma, el concepto de filósofo en el mundo chino alcanza gran versatilidad: definiéndose, en ocasiones, técnicamente, como lo sustentan las palabras de Fen Youlan: "ser filósofo es ser sabio en lo interior y rey en lo exterior…" (Fung, 1948, p. 35); o poéticamente como lo afirma Orlando Mejía cuando enuncia: "…el filósofo chino es aquel que posee mente de sabio y corazón de niño…" (1997, p. 24). Además, en otros planteamientos, puede definirse como aquel estudioso que, a pesar de sus avances, reconoce siempre su ignorancia: "Kung tse preguntó a Yeu: ¿Sabes en qué consiste la verdadera ciencia? En conocer que se sabe lo que realmente se sabe, y que se ignora lo que en verdad se ignora. En esto consiste la verdadera sabiduría" (Confucio, 1974, pp. 119-120).

3. Un pensamiento más allá de los esquemas. (El cuidado de sí y el cuidado del otro, un problema filosófico antiguo)

A diferencia de la filosofía occidental, en la cual la mayoría de los paradigmas se fundamentan en la búsqueda de una verdad absoluta, la filosofía china se ha caracterizado por hacer una indagación acerca de la vida, donde las principales inquietudes han terminado por centrarse en la búsqueda del sentido existencial del hombre y en la relación de éste con la sociedad y con la naturaleza. Por tanto, "al ser una filosofía de la vida, no existe la idea occidental de la filosofía entendida como un estudio especializado y erudito, ni es común que los filósofos elaboren tratados sistemáticos y académicos. Se hace filosofía como la hacían los primeros griegos: con los amigos y en la vida cotidiana" (Mejía, 1997, p. 46).

El filósofo chino busca siempre su desarrollo individual y nunca abandona su compromiso social al que está obligado por su mismo conocimiento. Así puede observarse en modelos de pensamiento milenarios como el confucionismo y el taoísmo, los cuales, a pesar de sus inclinaciones particulares, el primero con tendencias ético–políticas y el segundo con ideas más metafísicas, han escudriñado la pregunta por el hombre y por las realidades que le circundan.

Por tanto, vale la pena insistir en una idea clarificadora que nos permita hablar del pensamiento filosófico chino, no bajo ambiciones de sistematización, sino más bien bajo modelos existenciales que promulguen inquietudes éticas, tan necesarias para nuestro mundo occidental contemporáneo, como lo son el cuidado de sí, el cuidado del otro y el cuidado de lo otro; triada que ha sido referenciada a lo largo de la historia por grandes pensadores como Confucio, Sócrates, Séneca, y rescatada en la actualidad por teóricos como Guattari, Lin Yutang y Foucault.

Desde esta perspectiva, podemos afirmar que dichas inquietudes existenciales, postuladas implícitamente por el pensamiento chino y explícitamente por el mundo greco–latino, terminarían por constituirse en embriones de modelos filosóficos que se darían a conocer luego como la antropología, la ética, la política, la metafísica. Cada uno de ellos, enmarcados como ramas de un solo tronco: el saber filosófico.

Con referencia a la cuestión sobre el cuidado de sí, vale decir, en primer lugar, que las perspectivas ético–estéticas y antropológicas atribuidas a esta inquietud hacen mención ya no a un sujeto estático dominado por la concepción ortodoxa, sino más bien a un sujeto dinámico con características autopoiéticas (auto-creación). En términos de una ética de la subjetivación analizada por Foucault, se puede decir, como él mismo lo afirma en su texto sobre la hermenéutica del sujeto: "el sujeto no es una sustancia, es una forma y esa forma no es siempre la misma… Lo que interesa es precisamente la constitución histórica de esas formas diferentes del sujeto en relación con el juego de la verdad" (Foucault, 1994, p. 61). En otros términos, el sujeto que Foucault criticaba era un sujeto ya constituido; por eso es necesario un dinamismo por el cual, como pensaba Foucault, el sujeto se construya a sí mismo como una "obra de arte".

Es conveniente mencionar que estos mismos elementos del cuidado de sí, pueden vislumbrarse con mayor claridad en las palabras del sabio Séneca, cuando aconseja a su amigo Sereno:

> Ciertamente, el ánimo ha de ser retraído a sí mismo de todas las cosas externas. Confíe en sí, gócese en sí mismo, estime lo suyo, apártese cuanto pueda de lo ajeno, dedíquese a sí mismo, no sienta los daños e interprete con dignidad aun las cosas adversas. Cuando se le anunció a nuestro Zenón el naufragio en que perdió todo lo suyo, dijo: "La fortuna me manda filosofar más expeditamente". Cuando el tirano amenazaba a Teodoro con matarlo y dejarlo insepulto, le dijo: "Tienes con qué complacerte porque mi sangre está bajo tu poder, pero en lo que refiere a la sepultura, eres un necio si piensas que me preocupa pudrirme encima o debajo de la tierra (Séneca, lengualatina.org).

No obstante, debe decirse también que el cuidado de sí, además de poseer una relación directa con la cuestión del autoconocimiento, haciendo hincapié en el famoso adagio popular del "conócete a ti mismo", es también una actitud hacia los demás, desarrollada específicamente en el contexto socio–político, el cual es generador de una autoconciencia que exige un conocimiento de sí, para una buena relación y gobernabilidad con y para con los otros. Esta relación de ideas puede sustentarse en el famoso diálogo platónico del Alcibíades, el cual muestra la importancia de preparar la personalidad y el espíritu humano antes de lanzarse a las tareas públicas.

Así, en el diálogo platónico citado, Sócrates instruye al joven Alcibíades sobre la importancia de conocerse a sí mismo y cuidar la propia persona como condición primordial para la tarea de aspirar a los asuntos públicos, de la polis. Sócrates sintetiza su punto de vista en este fragmento: "Sócrates: en primer lugar, ejercítate, mi querido amigo, y aprende lo que hay que saber para meterse en política, pero no lo hagas antes, a fin de que vayas provisto de antídotos y no te ocurra ninguna desgracia" (Platón, trad. 1955, p. 144).

Pero ¿qué quiere significar Sócrates con esta exhortación? Algo tan simple como la pertinencia de lanzarse hacia algo sin conocer nuestras facultades, las cuales se hallarán al servicio de otros. Por eso, a Sócrates le preocupa el futuro, personal y político, del ambicioso muchacho, pues parece preverse catástrofes individuales y comunitarias:

> Sócrates: por ello, si vas a conducir los asuntos de la ciudad de manera correcta y conveniente, tendrás que hacer partícipes de la virtud a los ciudadanos.
>
> Alcibíades: desde luego.
>
> Sócrates: pero ¿se podría hacer partícipe de algo que no se tiene? (Platón, trad. 1955, pp. 155-156).

En otras palabras, podemos afirmar que este diálogo termina por reconfirmar la necesidad de una ética de sí (cuidado de sí) como precedente a cualquier obra, en este caso la gobernabilidad. Además, podemos sumar a estos planteamientos el apoyo de pensadores como Platón y Aristóteles, quienes, en sus famosas obras políticas, la *República* y la *Política* respectivamente, coincidirían en la necesidad de un gobierno administrado por verdaderos sabios. Estas perspectivas, aunque desarrolladas muy bien por todos los pensadores clásicos (griegos y latinos), parecen no ser las únicas reflexiones encontradas en la Antigüedad; puesto que ya, desde modelos como el del mundo chino del siglo VI a.C., podemos vislumbrar un acercamiento a estos diferentes problemas en planteamientos como los del sabio Confucio, quien, durante milenios y a raíz de sus enseñanzas, ha sido reconocido como el maestro oriental por excelencia (comparado en múltiples ocasiones con el famoso sabio griego llamado Sócrates).

Confucio, para muchos un personaje adscrito a una leyenda y para otros el simple fundador de un modelo religioso, tiene como centro de sus planteamientos un análisis político, fundamentado en una teoría del cuidado de sí (ética) y el cuidado del otro (política). Sus principales enseñanzas se hallan recogidas en un compendio de nueve libros (los cinco clásicos y los cuatro libros)[1] que demuestran la gran inquietud filosófica de una cultura como la china.

A diferencia de otros pensadores chinos, Confucio rechazaría toda clase de doctrinas referidas a la inacción y la huida del mundo, además de aquellas que hablaban de rechazar todo gobierno y dar vía libre a la dirección intuitiva, pues, desde su visión, estas sólo generaban un completo anarquismo filosófico y gubernamental.

De ahí que se puede aclarar que las doctrinas confucionistas del siglo VI a.C. tienen como fin primordial la organización de la sociedad humana, regulada por un buen gobernante y dirigida bajo una doble estructura: los principios básicos y el modelo de relaciones.

En el primer caso, podemos hacer referencia a varios principios que atravesarán continuamente la obra y pensamiento confucionista; entre ellos podemos mencionar la paz, la concordia, el amor, el respeto. Estos y algunos otros, fundamentados en el principio de la "virtud perfecta" (JEN), de la cual dirá Confucio: "la virtud perfecta ¿es acaso inaccesible? Deseadla y buscadla con fervor y vendrá a vosotros" (Obregón, 1995, p. 34). Así, entonces, la "virtud perfecta" será continuamente referida por Confucio, en los famosos diálogos con sus discípulos. Vale mencionar aquí algunas de las respuestas del maestro, que buscaban dar plena claridad sobre su enseñanza:

Tzu–Chang también preguntó a Confucio qué cosa era la virtud perfecta. Y el maestro le contestó:

> La virtud perfecta consiste en ser capaz de practicar cinco virtudes en todas las circunstancias: Tzu – Chang le rogó que le enumerase las cinco virtudes, y el maestro le dijo cortesía, grandeza de ánimo, honestidad, diligencia y generosidad. Aquel que es cortés no será humillado, el que es magnánimo conquista el corazón del pueblo, aquel que es honesto tiene la confianza del pueblo, aquel que es diligente consigue sus propósitos, y aquel que es generoso obtendrá el servicio del pueblo (Obregón, 1995, p. 36).

Por otra parte, el modelo relacional, reconocido por los planteamientos confucionistas como verdadero fundamento de la naturaleza humana y, a su vez, como deber del orden individual y social, tiene como fin el armónico desarrollo de la sociedad humana. Así lo manifiesta el estudio de Richard Wilhelm sobre el pensamiento de Confucio:

> …Cada hombre se supone incluido en un sistema fijo de relaciones, del cual resultan para él deberes, que son formas especiales del amor al prójimo, y, como tales formaciones singulares están de acuerdo con los impulsos de la naturaleza. Cinco de estos sistemas abrazan la sociedad humana: las relaciones familiares: padre – hijo, esposo – esposa, hermano mayor – hermano menor, la relación social de amo – criado y la libre relación personal entre amigos… (1966, p. 150).

Dicho de otro modo, estas estructuras primarias pueden denominarse como la esencia que circunda toda la doctrina confucionista,

especialmente la referida al cuidado de sí (asociada con la ética del hombre superior) y al cuidado del otro (asociada con la constitución de un buen gobierno).

Al igual que los planteamientos socráticos referidos a la gobernabilidad, Confucio observa la necesidad de un autoconocimiento antes de asumir las riendas de cargos superiores. Por eso argumenta como tarea principal un cuidado de sí, fundamentado en una buena educación intelectual y acorde con los ejemplos de la tradición y las normas del cielo (Confucio, 1974, p. 83)[2]; solo así logrará el hombre constituirse como un verdadero "ser superior". En palabras de Confucio, el verdadero cuidado de sí, solo puede alcanzarlo el hombre que busca en el estudio el verdadero camino de la sabiduría y la verdad:

> El maestro dijo: el que se entrega con diligencia y perseverancia al descubrimiento del bien y de la verdad, gozará de una felicidad profunda (1974, p. 116).

Por consiguiente, es tarea del hombre, en su lucha existencial del cuidado de sí, mantener ceñida su naturaleza a la norma de conducta moral, la cual se halla en el interior de todos los hombres, pero que, según la enseñanza de Confucio, solo el sabio (el hombre superior) le confiere resplandor. Por tanto, el hombre superior, referido por el maestro, es aquel "que primero practica lo que predica y luego predica lo que practica" (1974, p. 119); además, "es el que no siente temor ni ansiedad, pues cuando se contempla a sí mismo y no encuentra causa de reproche, luego, ¿qué ansia o qué temor puede sentir?" (1974, p. 171).

No obstante, todas estas doctrinas individuales alcanzan su mayor importancia en el campo social de la gobernabilidad (cuidado del otro), pues para nadie es un misterio que la obra confucionista posee un trasfondo político, para muchos utópico, que busca la organización de una sociedad bajo los parámetros del orden y la igualdad, pero primordialmente del gobierno de los sabios. Por tanto puede afirmarse con Richard Wilhelm: "la forma ideal de gobierno es, pues, para Confucio, lo mismo que para Kant, la republicana[3] (Kant, cervantesvirtual.com). El ideal no es el gobierno de una clase privilegiada, ni tampoco la herencia ni otras formas exteriores, sino la valía. Este ideal de la república, en el sentido más elevado de la palabra, se encuentra ya realizado en la antigua China" (Wilhelm, 1966, p. 143).

Así, la idea del buen gobierno deseada y enseñada por Confucio, al igual que sus consejos sobre el arte de gobernar, mantienen su vigencia y son aún hoy invocados en el mundo entero: "Kang–Tzu preguntó a Confucio: ¿Qué significa gobernar? Y el maestro contestó: gobernar significa hacer lo justo y lo recto. Si se gobierna con justicia y rectitud, ¿quién osará no ser justo y recto?" (Confucio, 1974, p. 174).

En conclusión, podríamos entonces afirmar, a pesar de los problemas teóricos y geográficos que plantea la perspectiva del análisis filosófico, que tanto la influencia de un espíritu oriental como la de aquel denominado occidental han permeado sustancialmente el desarrollo del pensamiento filosófico, el cual, además de haberse visto representado históricamente en el imaginario intelectual de diferentes culturas, parece alcanzar en la actualidad una síntesis, en la que la constitución de una nueva mentalidad, cimentada en la definición de un nuevo tiempo, unos nuevos espacios y una nueva visión del sujeto en sociedad, parece reconocer en la diferencia una virtud enriquecedora más que una amenaza.

Desde esta perspectiva, un nuevo horizonte se abre para la comprensión del campo filosófico. Campo, que asociado ya no solamente con las caracterizaciones metafísicas y éticas brindadas por el mundo grecolatino, sino también con los paradigmas teóricos, existenciales y simbólicos que aportan culturas como las orientales, permite a los investigadores actuales penetrar e interpretar la mentalidad de pueblos y pensamientos milenarios, que deben empezar a ser estudiados con cuidado y valorados en su rica tradición sapiencial.

Notas

1. Los Wujing o Wu king (Cinco Clásicos), que se crearon antes de la época de Confucio, son el I Ching (Libro de las mutaciones o cambios), Shu Ching (Libro de la historia), Shih Ching (Libro de

la poesía o de las odas), Li Chi (Libro de los ritos) y Ch'un Ch'iu (Anales de primavera y otoño). El I Ching es un manual de adivinación probablemente recopilado antes del siglo XI a.C.; su aspecto filosófico complementario, contenido en una serie de apéndices, pudo haber sido compuesto más tarde por Confucio y sus discípulos. El Shu Ching es una colección de documentos históricos antiguos, y el Shih Ching, una antología de poemas antiguos. El Li Chi trata de los principios de conducta, incluidos los de las ceremonias públicas y privadas; fue destruido en el siglo III a.C., pero resulta presumible que gran parte de su material fue preservado en una recopilación posterior, el Documento de los ritos. El Ch'un Ch'iu, la única obra recopilada, según se dice, por el propio Confucio, es una crónica de eventos históricos acaecidos en la China feudal desde el siglo VIII a. C. hasta la muerte de Confucio, a principios del siglo V a. C. Los Sishu (Cuatro Libros), compilaciones de los dichos de Confucio y Mencio y de los comentarios de seguidores sobre sus enseñanzas, son el Lunyu (Analectas), un conjunto de máximas de Confucio que forman la base de su moral y filosofía política; Ta Hsüeh (El gran saber); Chung Yung (La doctrina del método), que contiene algunas de las declaraciones filosóficas de Confucio sistematizadas con comentarios y exposiciones de sus discípulos, y el Mengzi (Libro de Meng), que contiene las enseñanzas de Mencio, uno de los principales seguidores de Confucio. Confucionismo, (En Línea). http://www.memo.com.co/fenonino/aprenda/religion/confusionismo.html. (Consulta: 15 de Junio 2008).

2. La doctrina que relaciona el buen gobierno con las normas del cielo, es originaria de la dinastía Chou, cuyos emperadores, algunos todavía considerados como legendarios, sostenían la idea de una autoridad procedente del cielo, la cual les acarreaba como deber un buen gobierno a ejemplo del de la corte celeste (El señor del cielo). Este planteamiento puede observarse en algunos de los discursos de Confucio a sus discípulos: "En el libro de las canciones se lee: Alabad al príncipe que gobierna con prudencia, pues la luz de su virtud penetra por todas partes; trata con justicia tanto a los magistrados como al pueblo; sus bienes y su poder proceden del cielo; mantiene la paz, el orden y el bienestar distribuyendo con equidad las riquezas que posee, y el cielo se las restituye con largueza".

3. Para el siglo XVIII, Kant manifiesta su deseo de un gobierno republicano fundamentado en algunos principios como la libertad y la igualdad: "La constitución cuyos fundamentos sean los tres siguientes: 1.º, principio de la «libertad» de los miembros de una sociedad -como hombres-; 2.º, principio de la «dependencia» en que todos se hallan de una única legislación común -como súbditos-; 3.º, principio de la «igualdad» de todos -como ciudadanos-, es la única constitución que nace de la idea del contrato originario, sobre el cual ha de fundarse toda la legislación de un pueblo. Semejante constitución es «republicana».-Ésta es, pues, en lo que al derecho se refiere, la que sirve de base primitiva a todas las especies de constituciones políticas. Puede preguntarse: ¿Es acaso también la única que conduce a la paz perpetua? La constitución republicana, además de la pureza de su origen, que brota de la clara fuente del concepto de derecho, tiene la ventaja de ser la más propicia para llegar al anhelado fin: la paz perpetua".

Bibliografía

Aristóteles. (1999). *Metafísica*. México: Porrúa.
Borges, J. L. (1960). El idioma analítico de John Wilkins. *Otras Inquisiciones*. Buenos Aires: Emecé.
Confucio. (s. f.). *Los cuatro libros clásicos*. (Cuarto libro – Libro de Mencio). Extraído el 15 Junio 2008 de http://www.weblioteca.com.ar/textos/oriental/ cuatrolibrosclasicos.htm.
Confucio. (1974). *Los cuatro libros clásicos*. (Trad. Oriol Fina S.) Barcelona: Bruguera.
Farré, L. (s. f.). *Heráclito exposición y fragmentos*. Buenos Aires: Aguilar.
Foucault, M. (1994). *Hermenéutica del sujeto*. Madrid: La Piqueta.
Fung Yu-Lan. (1948). *Breve historia de la filosofía China*. México: Fondo de Cultura Económica.
Hernández, M.C. (1999). El saber que busca el hombre. *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*. *Filosofías no Occidentales* (19).
Kant, I. (s. f.). *La paz perpetua*. Extraído el 15 Junio 2008 de http://www.cervantesvirtual.com.
Lao Tse (2002). *Tao te King*. Barcelona: Integral.
Mejía, O. (1997). Introducción a la cultura china y sus relaciones con el pensamiento occidental. *Novum*, 7 (15).
Memo.com.co. (s.f.). *Confucionismo*. Extraído el 15 Junio 2008 de http://www.memo.com.co/fenonino/aprenda/religion/confucionismo.html.
Millán, A. (1962). *Fundamentos de filosofía*. Madrid: Rialp.
Obregón, R. (1995). *Confucio: vida y enseñanzas*. Barcelona: Verón.

Parain, B. (1972). *Historia de la filosofía*. *Del mundo romano al Islam medieval*. México: Siglo XXI.

Platón. (1955). *Alcibíades o de la naturaleza del hombre*. Buenos Aires: Aguilar.

Séneca. (s. f.). *De la tranquilidad del ánimo*. Extraído el 15 Junio 2008 de http://lengualatina.org/tranquilidad.pdf.

Taciano. (1954). Discurso contra los griegos. En: Bueno, D. (1954) (ed.). *Padres apologistas griegos (S. II)*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Wilhelm, R. (1966). *Confucio*. Madrid: Alianza.

Mauricio A. Montoya Vásquez.
Licenciado en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín).
Ha cursado estudios de Historia en la Universidad Nacional de Colombia (Medellín).
Candidato al título de Maestría en Historia y Memoria (Universidad Nacional de la Plata).

Aprobado: el lunes 26 de mayo de 2014